GBH GOLDEN BOOK HOTELS 2018



Quien ha tenido el placer de vivir unas vacaciones en la agradable compañía de un buen libro, conoce la maravillosa magia de perderse entre los confines de la experiencia vivida en primera persona y aquélla que imaginamos gracias a la lectura.

Recordar las vacaciones, en estos casos, quiere decir automáticamente, trasladar la mente al libro que le ha dado un alma. De hecho, una lectura fascinante llena de sabiduría nos hace más sensibles, reflexivos y dispuestos a saborear hasta el fondo cada detalle de nuestra permanencia fuera de casa: el viaje, de este modo, se transforma en un viaje interior.

Golden Book Hotels agrupa un seleccionado grupo de haciendas turísticas que han decidido ligar su imagen al gesto elegante de regalar un libro a sus propios huéspedes. Se trata de hoteles y casas rurales que comparten el principio del Turismo como Cultura; cuyo trato peculiar es expresión de su sentido de hospitalidad.

www.goldenbookhotels.it







Brontë	
Poemas ~ 5	
Tintoretto	
APOLLINAIRE	
de Alcoholes ~ 27	
de El bestiario ~ 35	
HAYWORTH	
KLIMT	
DEBUSSY	
Steinbeck	
Los crisantemos ~ 57	

Thornton, 1818 - Haworth, 1848

Nació el 30 de julio de 1818 en Thornton, Yorkshire, Inglaterra. Fue la quinta de seis hermanos. En 1820 su familia se trasladó a Haworth donde su padre fue nombrado rector. Las tres hermanas Brontë, Charlotte, Anne y Emily, junto a su hermano Patrick, imaginaban lugares (Angria, Gondal y Gaaldine) en los que situaban las historias que escribían. En 1838, empezó a trabajar como institutriz en Law Hill, cerca de Halifax. Junto a su hermana Charlotte, asistió a un colegio privado en Bruselas hasta que la muerte de su tía la hizo volver a Inglaterra. Emily fue desde entonces administradora de la casa familiar. En 1846, Charlotte descubrió las poesías que escribía su hermana Emily. Las tres hermanas decidieron publicar un libro de poesía conjunto y para y las tres utilizaron seudónimos masculinos.

Respondió a las responsabilidades hacia su familia, en particular hacia su hermano Patrick, aficionado al opio y al alcohol, marcó también su capacidad creativa literaria hasta el punto de convertirla en una de las autoras más duras de su tiempo. No tanto por la propia historia que narra en sus creaciones, sino por el trato negativamente realista con el que inunda sus argumentos. En el año 1847 se publicó Cumbres borrascosas, que se ha convertido en un clásico de la literatura inglesa, a pesar de que hoy en día sea considerada una de las mejores novelas inglesas, en su momento las críticas no fueron nada benévolas, catalogándola como muy salvaje y de una composición torpe. Emily falleció en Haworth, Yorkshire, el 19 de diciembre de 1848 de tuberculosis a la edad de 30 años tras haber contraído un resfriado en septiembre en el funeral de su hermano.

Poemas

(1830-1845)



A LA IMAGINACIÓN

Cuando agotados de la extensa jornada, Y del terrenal cambio del dolor por el dolor, Perdida, dispuesta a la desesperación, Tu cálida voz me convoca de nuevo; Mi sincero amigo, nunca estoy sola Si tu presencia y ese tono me acompañan.

Sin esperanzas descansa el mundo sin tí, El mundo sin este doble de mí; Tu mundo de astucias, odios y duda, De frías sospechas sin lugar, Donde tú, yo y la Libertad Disfrutan una soberanía muda.

POEMAS

A la imaginación

Lo que importa es que todo alrededor, Peligro, angustia y oscuridad, No rompen las cadenas de nuestra soledad Donde habita el cielo en su esplendor, Alimentado por diez mil rayos eternos De soles que no han conocido el invierno.

La Razón sin dudas habrá de objetar Por la triste realidad de la naturaleza, Explicando que el sufrimiento del corazón es vano, Y que sus preciados sueños deben perecer; La Verdad con rudeza busca asolar Las flores de la fantasía que tímidas asoman.



A LA IMAGINACIÓN

Pero tú siempre serás el que trae Las cerradas visiones que retornan, El aliento de nuevas glorias caídas en primavera, Llamando a la vida de la muerte, Susurrando con la divina voz De un mundo real y brillante como tú.

> No confío en la dicha de tu fantasma, Pero en las horas quietas de la noche, Con un incesante agradecimiento Te doy la bienvenida, bendito aliento, Fiel asistente de los humanos deseos, La más brillante esperanza Allí donde la esperanza muere.



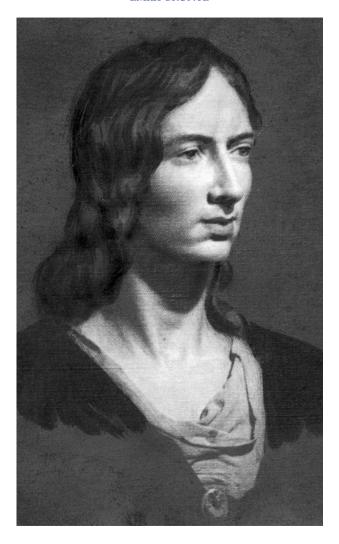
SENTIMIENTO

No debería haber ninguna desesperación por ti Mientras las estrellas nocturnas están encendidas; Mientras que la noche derrama su rocío silencioso, Y el sol dora la mañana. No debería haber ninguna desesperación, Aunque las lágrimas corrían como un río: ¿No fueron los años más queridos

En su corazón por siempre?

Lloran, lloras , tiene que ser así; Los vientos suspiran como tu suspiras, Y el invierno se despoja de su dolor en la nieve Donde las hojas del otoño yacen: Sin embargo, estas reviven, de su destino De tu destino no puedes ser separado: Entonces, viaja, si no te alegras, Sin embargo, ¡Nunca con el corazón roto!





POEMAS

ESTROFAS A-

Bueno, algunos pueden odiar, y algunos pueden despreciar, Y algunos muy posible que se olviden de tu nombre;
Pero mi corazón triste nunca debe llorar
¡Tus esperanzas arruinadas, tu fama arruinada!
Fue así que pensé, hace una hora,
Aún llorando sobre esa aflicción desgraciada;
Una palabra atrasó mi llanto en desahogo,
Y encendió mi ojo alterado con desdén.

A continuación, "Bendice al polvo amistoso", le dije,
"¡Que oculta tu no lamentada cabeza!
En vano como si tú fueras, débil como inútil,
El esclavo de la mentira, el orgullo y el dolor –
Mi corazón nada tiene parecido al tuyo;
Tu alma no tiene poder sobre la mía."

Estrofas a-

Pero estos eran los pensamientos que desaparecieron también;
Imprudentes, impíos, y falsos:
¿Cómo puedo despreciar el ciervo tímido,
Debido a que sus extremidades son veloces con el miedo?
O, ¿me burlo del aullido mortal del lobo,
Debido a que su molde es flaco y sucio?

O, ¿escuchar con gozo el grito del lebrato,
Debido a que no puede morir con valentía?
¡No! Entonces por encima de su memoria
Deja que la pena del corazón sea tierna
Y diga: "¡La tierra, yace ligeramente en ese pecho,
Y, el amable Cielo, otorga el descanso de ese espíritu!"



POEMAS

Qué claro ella brilla

¡Qué claro Ella brilla! Qué inmóvil Yacía yo debajo de su guardián de luz; Mientras el Cielo y la Tierra me susurraban: Despierta mañana, y sueña esta noche. ¡Ven, mi elegante, mi encantador Amor! Estos templos palpitantes besan suavemente; Dobla mi solitario lecho encima, Y dadme reposo, dadme toda la dicha.

El mundo huye: ¡oscuro mundo, adiós! Amargo mundo, ocúltate hasta el amanecer, El corazón que no has podido someter Aún ha de resistir, mientras vagas ausente.

Tu Amor yo nunca, nunca compartiré. Tu Odio sólo despierta una sonrisa; Tus Lamentos podrán herir,

Qué claro ella brilla

Tus Errores podrán llorar; ¡Pero tus mentiras jamás cautivarán! Mientras observaba a las estrellas brillando En ese mar apacible, sobre mí, Deseé con fe que todas las aflicciones Del universo sepan, y se celebren en tí.

Este será mi sueño nocturno.
Pienso que el cielo de esferas gloriosas
Recorre su curso luminoso,
Cubierto de eternas dichas
A través de interminables años.
Pienso que no hay otro mundo allí arriba
Más lejano que aquel que contemplan estos ojos,
Donde la Sabiduría nunca se burló del Amor,
Donde la Virtud nunca se sometió a la Infamia.



MUERTE

¡Muerte! Que golpeó cuando más confiaba, En mi fe certera para ser otra vez golpeada; El insensible Tiempo ha marchitado la rama, Arrancando la dulce raíz de Eternidad.

Las hojas, sobre el espacio de las Horas Crecen brillantes y lozanas, Bañadas por las gotas plateadas, Llenas de sangre verde; Bajo un refugio tardío se reunieron las aves, Espantando a las abejas de sus reinos florales.

La Pena ha pasado, arrastrando la flor dorada, La Culpa se desnuda de su vestido de orgullo, Pero dentro de esta amabilidad simulada, La Vida fluyó en un silencioso murmullo.

Muerte

Poco he llorado por la alegría perdida, Por la muda canción y los nidos vacíos, La Esperanza estaba allí, y reí de la Tristeza, Susurrando: ¡El invierno pronto será vencido!

¡Y Contemplad! Creciendo por diez su bendición, La Primavera dotó de belleza a la agonizante estación; El Viento, la Lluvia, y el fervoroso calor nos besaron Regalando gloria en aquel segundo Mayo.

Alto se elevó: las alas del dolor no podrían barrerlo, Su brillo distante forzó la fuga del temor; En su esencia, tenía el poder del Amor, Alejándome de todo mal, de toda plaga, excepto de ti.



POEMAS

Muerte

Muerte cruel! Las jóvenes hojas caen y languidecen, El crepúsculo de aire gentil tal vez resista; Pero el sol matutino se burla de mi angustia. El Tiempo, para mí, ya nunca debe florecer.

Derribadlo, para que otras ramas puedan brotar, Donde los jóvenes árboles solían reposar, Así, al menos, sus carcomidos cadáveres nutrirán Aquel seno de donde surgieron: La Eternidad.

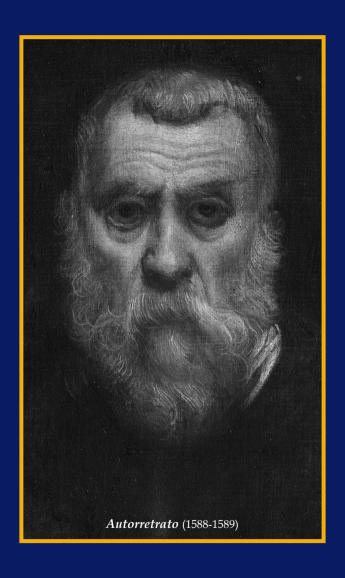


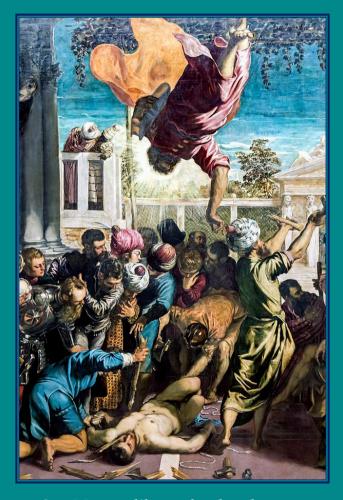
TINTORETTO

Venecia, 1518 - 1594

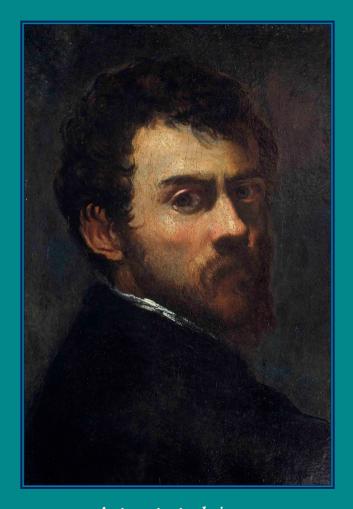
Jacopo Robusti nació el 29 de septiembre de 1518 en Venecia. Tomó el sobrenombre de la profesión de su padre que era tintador. Considerado, junto a Veronés, el representante más importante de la Escuela Veneciana de la generación posterior a Tiziano. Estudió durante diez días con Tiziano. Tintoretto vivió y trabajó siempre en Venecia, dedicando su obra a las iglesias, hermandades y gobernantes de la ciudad. Autor del San Marcos (1548, Academia, Venecia) para la Scuola di San Marco en Venecia. En ocasiones pintó casi gratuitamente, cobrando sólo el material ganándose así a una importante clientela que levantó recelos de Tiziano. Trabajó los contrastes de luz y sombra, las perspectivas, escorzos forzados y grupos escenográficos.

Entre sus obras destacan las de tema religioso como los tres lienzos que, sobre los milagros de San Marcos, pintara para la Scuola di San Marco (1562-1566), El lavatorio (1548-1549), La última cena (1594) de la Iglesia de San Giorgio Maggiore y las escenas bíblicas de la Scuola di San Rocco (1564-1587) y las realizadas en el Palacio Ducal de Venecia. Como retratista, destacan La dama que descubre el seno, (identificada con Marietta Robusti, la hija del pintor, también dedicada al mismo oficio. Algunos autores, por el contrario, piensan que se trata del retrato de la famosa cortesana veneciana Verónica Franco) y El caballero de la cadena de oro, ambas fechadas entre 1556 y 1560. Casado con Faustina Episcopi desde 1550, tuvieron ocho hijos. Su vida se desarrolló entre su casa y su estudio, ambos en el mismo edificio, la Fondamenta dei Mori. Tintoretto falleció en Venecia el 31 de mayo de 1594.





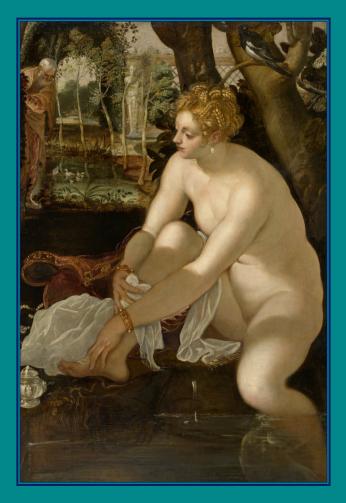
San Marcos liberando al esclavo >> (1548 ~ óleo sobre lienzo, Galería de la Academia, Venecia)



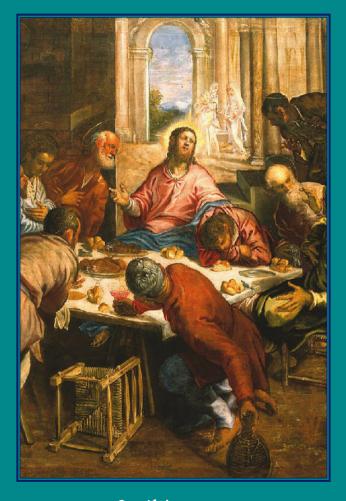
Autorretrato de joven (1548 ~ óleo sobre madera, Museo Victoria y Albert, Londres)



San Jorge luchando con el dragón >> (1553 ~ óleo sobre lienzo, The National Gallery, Londres)

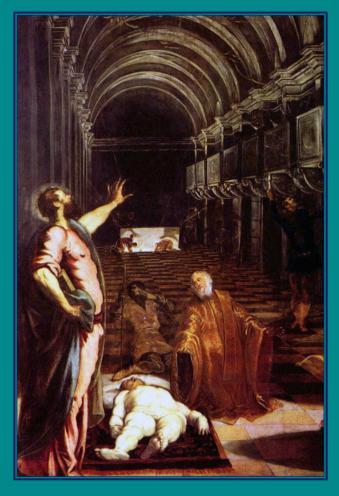


Susana y los viejos >> (1555 ~ óleo sobre lienzo, Museo de Historia del Arte, Viena)



La última cena

(1561-62 ~ ÓLEO SOBRE LIENZO, IGLESIA DE SAN TROVASO, VENECIA)



Encuentro del cuerpo de san Marcos >> (1562-66 ~ óleo sobre lienzo, Pinacoteca de Brera, Milán)

GUILLAUME APOLLINAIRE

Roma, 1880 - París, 1918

Nació el 26 de agosto de 1880 en Roma. Su padre, un oficial del Ejército de las Dos Sicilias, desapareció cuando Guillaume tenía cinco años. Viaja con su madre, una aristócrata aventurera polaca, ludópata empedernida, por Italia y la Costa Azul francesa. Cursó estudios en el liceo Saint-Charles, de Mónaco. Se sentía atraído por los intelectuales anarquistas. Instalado en París comenzó, una agitada carrera literaria, en medio de intempestivos enamoramientos. Intentó sintetizar la poesía y las artes visuales, ejerciendo una importante influencia tanto en la poesía como en el desarrollo del arte moderno. Mientras en su obra crítica defiende incansablemente a los artistas más variados: Picasso, Matisse, Picabia, De Chirico... reúne sus relatos en L'Hérésiarque et Compagnie (1910) y se convierte en uno de los grandes de Montmatre.

También es entonces cuando escribe esas dos obras sobre las que sus biógrafos suelen pasar calificándolas de "textos libertinos". Se trata de Las once mil vergas y Las hazañas de un joven don Juan. Su fama se basa sobre todo en sus dos volúmenes de poesía, Alcoholes (1913), considerada su obra maestra, y Caligramas (1918). Sus versos se caracterizan por la ausencia de puntuación. Cuando se declara la guerra de 1914, se alista voluntario. El mismo año que en la retaguardia aparece su novela El poeta asesinado (1916) es herido en la cabeza. Habrán de trepanarle el cráneo para curarlo. Falleció al caer la tarde del 9 de noviembre de 1918. La epidemia de gripe que ese año se declara en París se lleva a Apollinaire, cuya salud ha quedado seriamente dañada a consecuencia de las heridas sufridas en combate.

de Alcoholes

(1913)



Retrato (Jean Metzinger, 1910)

CLOTILDE

La anémona y la aquileña Han crecido en el jardín Donde duerme la melancolía Entre el amor y el desdén

Están también nuestras sombras Que la noche esparcirá El Sol que las obscurece Con ellas se marchará

Las deidades de aguas vivas Dejan sueltos sus cabellos Pasa es preciso que sigas A esta hermosa sombra que deseas



SALTIMBANQUIS

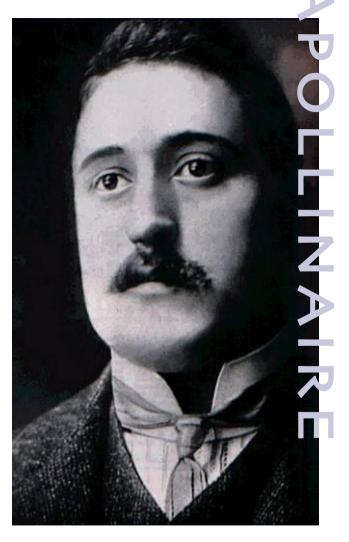
La farándula se aleja Por el llano entre jardines Por aldeas sin iglesias Cruzando tabernas grises

Los niños marchan delante Detrás soñando los viejos Se resignan los frutales Si los descubren de lejos

Llevan osos monos sabios Redondas cuadradas pesas Tambores aros dorados Imploran una moneda



GUILLAUME APOLLINAIRE



EL PUENTE MIRABEAU

El puente Mirabeau mira pasar el Sena Mira pasar nuestros amores. Y recuerda al alma serena Que la alegría siempre viene tras de la pena

> Viene la noche suena la hora Y los días se alejan Y aquí me dejan

Frente a frente mirémonos -las manos enlazadas-Mientras que pasan bajo el puente De nuestros brazos -fatigadas-Las hondas silenciosas de nuestras dos miradas

> Viene la noche suena la hora Y los días se alejan Y aquí me dejan

GUILLAUME APOLLINAIRE

El puente Mirabeau

El amor se nos fuga como esta agua corriente El amor se nos va Se va la vida lentamente Cómo es de poderosa la esperanza naciente

> Viene la noche suena la hora Y los días se alejan Y aquí me dejan

Huyen el lento día y la noche serena Mas nunca vuelven Los tiempos que pasaron ni el amor ni la pena El puente Mirabeau mira pasar el Sena

> Viene la noche suena la hora Y los días se alejan Y aquí me dejan



La gitana

La gitana profetizó que nuestras vidas Se hallaban trabadas por las noches. Nos despedimos de ella y después De ese pozo surgió la esperanza

El amor torpe como un oso domesticado Bailó cuando se lo ordenamos Y el ave azul perdió sus plumas Y los pordioseros sus avemarías

Sabemos que nos condenamos Pero la esperanza de amar por el camino Nos hace pensar cogidos de la mano En lo que predijo la gitana



LAS CAMPANAS

Entre el rumor de las campanas, Bella gitana, amante y mía, Nos amamos perdidamente Y nadie, nadie, nos veía

Olvidamos que las campanas, Asomadas al campanario, Nos vieron, ay, y noche y día Se lo cuentan al vecindario

Mañana Pedro y Catalina, El panadero y su mujer, Juan y María Golondrina, Mi amiga Luz, mi prima Ester

Sonreirán, de cierta manera Yo no sabré dónde meterme Tú estarás lejos. Lloraré Y hasta es posible que me muera



de El bestiario

(1911)

ilustrado por Raoul Dufy



La cabra del Tibet



Los pelos de esta cabra, y esos Dorados, el embeleso De Jasón, nada son al lado De los que me han enamorado.

EL GATO



Imagino mi casa:
una mujer que signifique algo
un gato entre los libros
y amigos todo el año.
Porque no puedo convivir sin ellos.

GUILLAUME APOLLINAIRE

LAS MOSCAS



De nuestras moscas la canción, aprendida en Noruega, viene de moscas gánicas que son divinidades de la nieve.

LA LANGOSTA



Es esta la esbelta langosta, El alimento de San Juan; Ojalá mis versos, como ella, De buenas gentes sea el pan.

GUILLAUME APOLLINAIRE

EL PULPO



Contra el cielo su tinta arroja, chupa la sangre de lo amado y deliciosa se le antoja. Yo soy ese monstruo inhumano.

Las medusas



Medusas, testas desdichadas de cabellera violeta: de la tormenta enamoradas, os parecéis al poeta.

GUILLAUME APOLLINAIRE

El búho



Mi corazón es un búho que clavan, desclavan, clavan. Sangro y ardo y me consumo, pero canto a quien me ama.



RITA HAYWORTH

Nueva York, 1918 - 1987

Se llamaba Margarita Carmen Cansino y sus padres eran descendientes de irlandeses y mexicanos. Había sido bailarina y un día la llevaron a una ciudad espectacular, Hollywood. Esto ocurrió cerca de 1935, en los viejos estudios de la Fox. Rita fue el símbolo de una belleza particular. Su rostro estaba dibujado en cada avión de combate de la segunda guerra mundial. Fue amada por su marido Orson Welles, y el príncipe Alí Khan, de quien tuvo hijos. Rita hizo con Welles La dama de Shangai, en 1948, una de las películas más originales y discutidas del realizador. Ya se habían separado y tenían el mejor derecho a no seguirse viendo, pero en los pasillos de Hollywood se supo que, si no fuera por Rita, Welles no habría convencido a la empresa Columbia de que se le permitiera volver a dirigir.

En ese momento Rita tenía en el cine norteamericano la importancia que después alcanzó Marilyn Monroe. Fue la mujer más deseada en su tiempo: fue la novia de Hollywood. Ella nunca sintió tener límites. Ni en su carrera, ni en su vida. Su límite fue siempre la secreta y pública admiración de los hombres. El padre le enseñaba a bailar y ella lo adoraba. En el cine llegó a lograrlo de la mano de dos genios en la materia: Gene Kelly y Fred Astaire. Protagonizó un pequeño papel en El infierno del Dante, otro en Charlie Chan en Egipto

HAYWORTH



y otras dos docenas de títulos condujeron a Rita Hayworth hasta Sólo los ángeles tienen alas en 1939, Ay qué rubia, Sangre y arena, Seis destinos, Las modelos y sobre todo Gilda, que la consagró como una gran estrella de Hollywood; película por la cual se inmortaliza la tremenda bofetada a Glenn Ford, que todavía se recuerda como una de las secuencias más impresionantes del cine de todos los tiempos. Rita Hayworth vivió apresuradamente hasta el final, por el gran temperamento que la caracterizaba. Pese a que filmó más de 60 películas, nunca ganó un Oscar, pero no por eso dejaba de ser una gran actriz. La carrera de Rita descendió lentamente en 1972 y después se fue oscureciendo lentamente como en un ocaso tibio que no dejaba rastro en el pasado. En 1976 visitó Argentina pero ya la enfermedad se adueñaba de su ser. Esta heroica mujer creía enfrentar su enfermedad: el mal de Alzheimer, enfermedad que afecta los centros nerviosos, la mente. Esto provocó que se hablara muchas cosas de ella, que estaba alcoholizada o drogada. Lejos de una realidad tan triste y tan trágica que ella no podía afrontar. La enfermedad le iba devorando su capacidad de inteligencia. La enfermedad la llevó a que todo lo suyo se adormeciera lejos de la realidad. Lo cierto es que falleció a los 68 años de edad. Uno de sus amigos, Glenn Ford, contaba al conocer su muerte: "Estoy triste, una querida amiga me ha dejado sólo. Ver sus imágenes, sentir el halo que desprenden, hace más terrible pensar en su lento deterioro. Pocas como ella lograron hacer brillar tanto la magia del cine. Y ninguna pudo brillar tan alto y con tanta alegría de vivir".

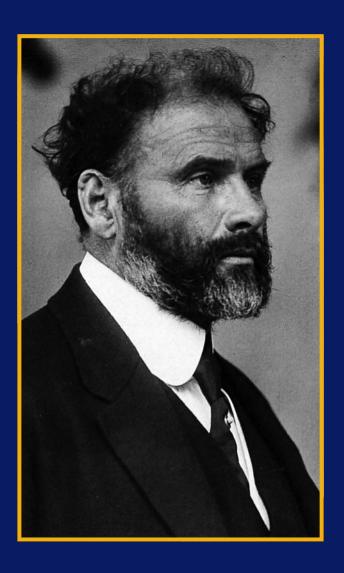


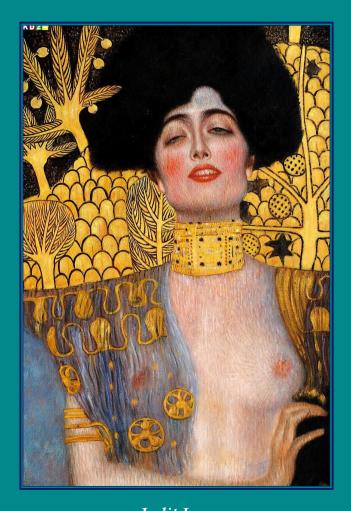
GUSTAV KLIMT

Viena, 1862 - 1918

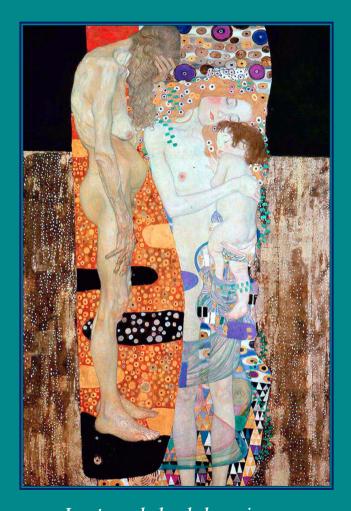
Gustav Klimt nace cerca de Viena en el seno de una familia numerosa y humilde. Con 14 años entra a estudiar con una beca en la Escuela de Artes y Oficios de Viena. Al finalizar sus estudios como pintor y decorador en 1883 funda la Compañía de Artistas (Künstler-Compagnie) realizando encargos de decoración en edificios públicos junto a su hermano Ernst Klimt y su amigo Franz Matsch. Entre ellos los frescos de las escaleras del Burgtheater de Viena por cuya labor el emperador Francisco José I de Austria le premia con la Orden de Oro al Mérito en 1888. A principios de la década de 1890 Klimt conoce a la que sería su compañera sentimental de por vida Emilie Flöge. En 1891 ingresa como miembro en la Sociedad de la Casa de los Artistas. Un año después fallecen su padre y su hermano afectando a sus responsabilidades familiares y al desarrollo de su estilo.

A partir de 1897 Klimt abandona la Sociedad de la Casa de los Artistas para fundar y presidir el grupo Secesión de Viena participando en sus exposiciones hasta el año 1905. Klimt alcanza la madurez artística a su vuelta de un viaje a Italia en 1903 donde entra en contacto con los mosaicos bizantinos. Con el Retrato de Fritza Riedler da comienzo su "periodo dorado" de gran éxito comercial. A esta étapa pertenecen su pintura más famosa El beso (1907-1908) y su obra más cara: Retrato de Adele Bloch-Bauer I (1907) con un precio de martillo de 135 millones de dólares en el 2006. Klimt fallece de un derrame cerebral en 1918 quedando para la posteridad sus obras decorativas, su tirón comercial y su fama de mujeriego.





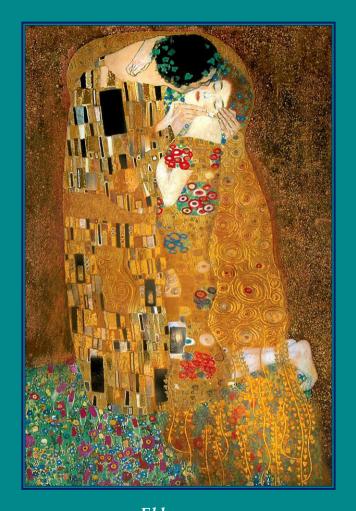
 $\label{eq:Judit I} \textit{Judit I} \implies \\ (1901 \sim \text{óleo sobre lienzo, Österreichische Galerie Belvedere, Viena})$



Las tres edades de la mujer >> (1905 ~ óleo sobre lienzo, Galería Nacional de Arte Moderno, Roma)

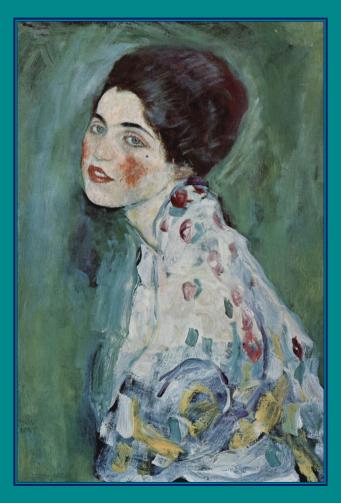


Retrato de Adele Bloch-Bauer I >> (1907 ~ ÓLEO SOBRE LIENZO, NEUE GALERIE, NUEVA YORK)



 $El\ beso >> \\ (1907-08 \sim \text{óleo sobre lienzo}, Österreichische Galerie Belvedere, Viena)$





Retrato de una dama >> (1916-17 ~ óleo sobre lienzo, Galería Ricci Oddi, Piacenza)

CLAUDE DEBUSSY

Saint-Germain-en-Laye, 1862 - París, 1918



Fue el primogénito en una familia de cinco hermanos nacidos en un hogar humilde. Ya tocaba el piano tan bien a los diez años que fue admitido al primer intento en el Conservatorio de París. El de Debussy era un talento natural. Tras terminar sus estudios, se alzó con el Premio de Roma, que en aquella época era la principal distinción para un compositor francés, por la cantata L'enfant prodigue. Sin embargo, en 1887 abandonó su estancia en la Villa Medici romana, que formaba parte del premio, pues se oponía a las estrictas normas académicas. A los 17 años, regresó a París, donde comenzó a trabajar como acompañante al piano de las clases de canto de una millonaria rusa. Su estancia en la capital francesa le puso en contacto con los pintores impresionistas y algunos poetas de la época, como Verlaine y Mallarmé. El acercamiento a los poetas simbolistas dio a Debussy el empujón necesario para emprender un innovador camino sonoro -tanto en la forma como en la estructura, la armonía o el timbre-, un recorrido empapado de referencias visuales, similar al que por entonces seguían pintores impresionistas como Monet o Renoir. Sin embargo, siempre rechazó el término impresionista para calificar su obra. El compositor se consideraba a sí mismo realista, capaz de crear «otra realidad» distinta, un lugar sembrado de referencias a la naturaleza y a las emociones. Lo cierto es que la madurez musical del compositor francés fue la gran precursora de la





música moderna que llegó después. Fue la ópera Peleas y Melisande (1902), basada en la obra teatral del poeta belga Maurice de Maeterlinck, sin embargo, la que le dio a Debussy el reconocimiento como músico de prestigio.

A partir de entonces, el francés compuso casi de forma exclusiva obras para piano –como L'île joyeuse (1904), Imágenes (dos series, 1905 y 1907) o varios preludios– para centrarse en los últimos años de su vida en la música de cámara –sonatas para violín y piano, violonchelo y piano, flauta, viola y arpa–. En 1909 le diagnosticaron un cáncer del que murió el 25 de marzo de 1918 durante los acontecimientos de la I Guerra Mundial. La originalidad de este compositor lo sitúa entre los músicos más importantes de finales del siglo XIX Y del siglo XX.



Salinas, 1902 - Nueva York, 1968

Nació el 27 de febrero de 1902 en Salinas, California (Estados Unidos). Su padre era tesorero, su madre maestra. Tuvo tres hermanas. Estudió en la Universidad de Stanford pero terminó abandonando en 1925 su carrera para ocuparse en muy diferentes y humildes puestos de trabajo. Este periodo sirvió de base para el aspecto social que impregna gran parte de sus obras. Inicio su trayectoria literaria debutando en 1929 con la obra La Copa De Oro. En 1935 se dio a conocer popularmente con Tortilla Flat (1935). Más tarde escribió En Lucha Incierta (1936) y De Ratones y Hombres (1937), una de sus mejores novelas. Steinbeck logró el prestigio literario con Las Uvas De La Ira (1939), una novela que fue galardonada con el Premio Pulitzer y que conoció una excelente versión cinematográfica de John Ford. En enero del año 1930 contrajo matrimonio con Carol Henning, de quien se separó en 1941 para iniciar una relación sentimental con la cantante Gwyndolyn Conger, con la que se casó en el año 1943. Cuando estalló la II Guerra Mundial, Steinbeck trabajó como corresponsal de guerra. Títulos destacables escritos tras el conflicto bélico son En Los Arrabales De Cannery (1945), La Perla (1948), Al Este Del Edén (1952), Dulce Jueves (1954). En 1948 se divorció de Gwyn y a finales del año 1950 se casó por tercera vez, ahora con Elaine Anderson Scott. Tuvo dos hijos con Gwyn. Su literatura, de enfoque naturalista, se caracteriza por su implicación social en los problemas de los más desfavorecidos. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1962. Murió de un ataque al corazón en Nueva York el 20 de diciembre de 1968.

Los crisantemos

(1937)

Una niebla invernal, gris y espesa separaba al Valle de Salinas del cielo y del resto del mundo. Era una densa bruma que se apoyaba por sus bordes en las crestas de las montañas, convirtiendo el valle en una olla tapada. En el fondo, donde el suelo era llano, los arados abrían surcos profundos por los que asomaba la tierra rica y rojiza. En las laderas de los montes, al otro lado del río Salinas, los campos de espigas amarilleaban como si estuvieran bañados en una pálida luz solar, pero esta no llegaba hasta allí. Los álamos y sauces que crecían apretados al borde del río, parecían gigantescas antorchas cuyas llamas eran sus hojas amarillas o pardas.

Era una hora tranquila, como de espera. El aire era frío, pero carecía de asperezas. Un viento flojo soplaba del sudoeste y los granjeros esperaban confiados la lluvia inminente; pero antes debía levantarse la niebla, porque la lluvia y niebla nunca van juntas.

En el rancho de Henry Allen, al pie de la montaña, entre esta y el río, había poco que hacer, porque todo el

heno había sido segado y los campos estaban arados, en espera de la lluvia que los fecundase. Las reses que se encaramaban por los ribazos tenían un aspecto marchito y reseco como la misma tierra.

Elisa Allen, que trabajaba en su jardín, levantó los ojos un momento para mirar al otro lado del patio, donde Henry, su marido, hablaba con dos hombres que parecían agentes comerciales. Los tres estaban de pie, junto al cobertizo del tractor, los tres fumaban cigarrillos y los tres miraban el pequeño "Fordson" mientras hablaban. Elisa los contempló un momento y luego reanudó su trabajo. Tenía treinta y cinco años. Su cara era delgada y de expresión enérgica, y sus ojos claros y transparentes como el agua. Vestida de jardinera, con un sombrero masculino encasquetado hasta los ojos y un delantal de pana muy grande, en cuyos cuatro bolsillos guardaba las tijeras de podar, un rollo de alambre y otras herramientas de jardinería, su silueta aparecía pesada y torpe, carente de gracia femenina. Tenía puestos unos guantes de cuero para protegerse las manos mientras trabajaba.

Con unas tijeras cortas y fuertes estaba cortando los tallos de los crisantemos del año anterior, mientras de vez en cuando echaba otra ojeada a los tres hombres junto al tractor. Todo en ella revelaba energía y fuerza, hasta el modo de manejar las tijeras. Los frágiles tallos de los crisantemos parecían indefensos bajo sus implacables manos.

Apartó de los ojos un mechón rebelde, ensuciándose de tierra la frente con el dorso de la mano enguanta-

da. A su espalda se alzaba la casita blanca, enteramente rodeada de geranios rojos. Era un edificio pequeño y limpio, cuyas ventanas brillaban como espejos. Ante su puerta podía verse una estera de cáñamo para limpiarse los zapatos antes de entrar.

Elisa volvió a mirar hacia el cobertizo. Los forasteros subían a su "Ford" coupé. Se quitó un guante e introdujo sus fuertes dedos en la masa de crisantemos que crecían en torno a los viejos tallos. Apartando hojas y pétalos examinó cuidadosamente los tallos nuevos en busca de orugas, insectos o escarabajos.

Se sobresaltó al oír la voz de su marido. Se le había acercado sin hacer ruido y se apoyaba en la cerca de espino que protegía el jardín de las incursiones de reses, perros o aves.

−¿Otra vez lo mismo? – preguntó él – . Veo que vas a tener una abundante cosecha este año.

Elisa se enderezó y volvió a ponerse el guante que se había quitado.

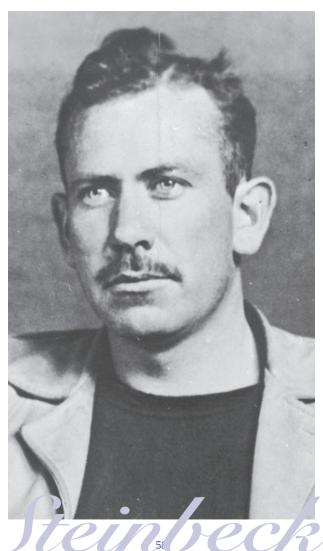
−Sí. Este año crecen con fuerza.

Tanto en el tono de su voz como en su expresión había cierta aspereza.

—Eres muy mañosa – observó Henry —. Algunos de los crisantemos que tenías el año pasado medían por lo menos un palmo de diámetro. Me gustaría que trabajases en la huerta y consiguieras manzanas de este tamaño.

A ella se le iluminaron los ojos.

- Tal vez podría. Es cierto que soy mañosa. Mi madre también lo era. Cualquier cosa que plantase, crecía. So-



lía decir que todo era cuestión de tener manos de plantador. Manos que saben trabajar solas.

- Desde luego, con las flores parece que te da resultado
 dijo él.
- -Henry: ¿Quiénes eran esos con quienes hablabas?
- $-_i$ Ah, sí! Es lo que venía a decirte. Eran de la Compañía Carnicera del Oeste, le he vendido las treinta reses de tres años. A un precio muy bueno, además.
- −Me alegro − dijo ella −. Me alegro por ti.
- He pensado –continuó él que, como es sábado por la tarde, podríamos ir a Salinas a cenar en un restaurante y después al cine... a celebrarlo.
- Me parece muy bien − dijo ella −. ¡Oh, sí! Muy bien. Henry sonrió.
- -Esta noche hay lucha. ¿Te gustaría ir a la lucha?
- -iOh, no! se apresuró ella a contestar . No, no me gustaría nada.
- Era broma, mujer. Iremos al cine. Vamos a ver. Ahora son las dos. Voy a buscar a Scotty y entre los dos bajaremos las reses del monte. Eso nos entretendrá un par de horas. Podemos estar en la ciudad a eso de las cinco y cenar en el "Hotel Cominos". ¿Qué te parece?
- -Estupendo. Me encanta comer fuera de casa.
- Entonces, decidido. Voy a buscar dos caballos.
 Ella contestó:
- Creo que me queda tiempo para trasplantar algunos esquejes entretanto.

Oyó como su marido llamaba a Scotty, junto al granero. Poco después vio a los dos hombres cabalgando por la ladera amarillenta, en busca de las reses.

Tenía un pequeño parterre para cultivar los crisantemos más jóvenes. Con una pala removió concienzudamente la tierra, la alisó y la oprimió con fuerza. Luego practicó en ella unos surcos paralelos. Cogió unos esquejes nuevos, les cortó las hojas con las tijeras y los dejó en un ordenado montón.

Un chirridos de ruedas y resonar de cascos llegaba a sus oídos desde el camino. Levantó la vista. La carretera seguía los bordes de unos campos de algodón que se extendían junto al río y por ella se aproximaba un curioso vehículo, de extraña traza. Era un viejo carromato de ballestas, cubierto con una lona, que recordaba vagamente los carros de las expediciones de pioneros del Oeste. Tiraban de él un viejo bayo y un burro diminuto de color gris, con manchas blancas en el pelaje. Lo conducía un hombre gigantesco, sentado entre las lonas de la abertura delantera. Debajo del carromato, entre las ruedas posteriores, caminaba un perro escuálido y sucio. La lona estaba pintada con grandes letras que decían: "Se arreglan potes, sartenes, cuchillos, tijeras, segadoras." El "se arregla" estaba escrito en letras más grandes. La pintura negra se había corrido dejando unos puntitos debajo de cada letra.

Elisa, todavía agachada sobre su parterre contempló con interés el paso del extravagante vehículo. El perro perdió de improviso su pasividad y echó a correr, adelantando al carro. Inmediatamente corrieron hacia él dos perros pastores del rancho, que no tardaron en darle alcance, luego, se detuvieron los tres y con gran solemnidad se olisquearon detenidamente. La carava-

na fue a detenerse con gran estrépito, junto a la cerca que separaba a Elisa de la carretera. Entonces el perro, como comprendiendo que estaba en minoría se retiró de nuevo bajo el carro con el rabo entre las piernas y los dientes al descubierto.

El conductor del carromato exclamó:

 Mi perro puede ser muy malo en una pelea, cuando quiere.

Elisa se echó a reír.

- Ya lo veo. ¿Y cuándo quiere?

El hombre coreó su risa con simpatía.

- -A veces tarda semanas y hasta meses en decidirse
- contestó. Apoyándose en la rueda, saltó al suelo. El caballo y el asno, al detenerse, parecían haberse marchitado como las flores sin agua.

Elisa pudo comprobar que era un hombre verdaderamente gigantesco. Aunque tenía muchas canas en la cabeza y en la barba no parecía muy viejo. Su traje negro, y muy gastado, estaba arrugado y cubierto de manchas de grasa. En cuanto dejó de hablar, la risa huyó de sus labios y de sus ojos. Eran unos ojos negros, llenos de toda la reflexión silenciosa que se encuentra en los ojos de los arrieros y de los marino. Su callosas manos, apoyadas en la cerca de espino estaban llenas de grietas, y cada grieta era una línea negrísima. Se quitó el sucio sombrero.

– Me he apartado de la carretera principal, señora – explicó – . ¿Conduce este camino, atravesando el río hasta la carretera de Los Ángeles?

Elisa se incorporó del todo y guardó las tijeras en uno de los bolsillos de su delantal.

- —Pues, sí, pero primero da muchas vueltas hasta que finalmente atraviesa el río por un vado. No creo que sus animales sean capaces de vadearlo.
- —Se sorprendería viendo lo que estos animales pueden llegar a hacer – contestó él con cierta aspereza.
- -¿Cuándo quieren? preguntó ella.

Él sonrió por un segundo.

- -Sí. Cuando quieren.
- Está bien dijo Elisa . Pero creo que ganará tiempo retrocediendo hasta Salinas y tomando allí la carretera. El hombre tiró con el dedo del alambre de púas, haciéndolo vibrar como cuerda de guitarra.
- -No tengo ninguna prisa, señora. Cada año voy de Seattle a San Diego para regresar por el mismo camino. Dedico mucho tiempo a ese viaje. Unos seis meses en el camino de ida y otros tantos en el camino de vuelta. Procuro seguir el buen tiempo.

Elisa se quitó los guantes y los guardó en el mismo bolsillo que las tijeras. Se llevó la mano al borde del sombrero masculino con que se tocaba, intentando arreglar unos rizos rebeldes que asomaban.

— Esa forma de vivir parece que ha de ser muy agradable –observó.

El hombre se inclinó sobre la cerca con aire confidencial.

- Ya se habrá fijado en los letreros que hay en mi carro. Arreglo cazuelas y afilo cuchillos y tijeras. ¿Tiene algo de eso para mí?
- -¡Oh, no! se apresuró ella a contestar -. Nada de eso. Sus ojos se habían endurecido súbitamente.
- Las tijeras son lo más delicado explicó el hombre .

La mayoría de la gente las echa a perder sin remedio intentando afilarlas, pero yo tengo el secreto infalible. Patentado, incluso. Puede estar segura de que no hay sistema igual.

- No, gracias. Todas mis tijeras están afiladas.
- —Está bien. Un cacharro, entonces insistió el hombre, con tenacidad —. Un cacharro abollado o que tenga un agujero. Yo puedo dejárselo como nuevo y usted se ahorrará comprar otro. Siempre vale la pena.
- − No − repitió ella −. Ya le he dicho que no tengo nada de eso.

El rostro de él adoptó una expresión de exagerada tristeza. Su voz se convirtió en un gemido lastimero.

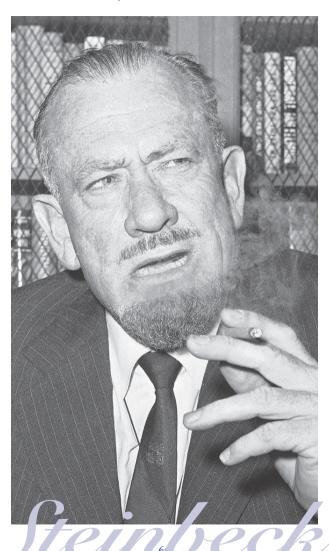
- —Hoy no he podido encontrar trabajo en todo el día. Como le dicho, me he apartado de mi ruta acostumbrada. Mucha gente me conoce a todo lo largo del camino de Seattle a San Diego. Me guardan cosas para que las arregle o afile porque saben que lo hago muy bien y les permito ahorrar dinero.
- Lo siento -dijo Elisa con irritación -. No tengo nada para usted.

Él dejó de mirarla y contempló el suelo unos instantes. Su mirada vagó sin rumbo hasta detenerse en el parterre de crisantemos en que ella había estado trabajando.

−¿Qué plantas son esas, señora?

La irritación y el mal humor desaparecieron de la expresión de Elisa.

Oh, son crisantemos, gigantes, blancos y amarillos.
 Los cultivo todos los años... los más grandes del contorno.



- −¿Es una flor de tallo muy largo? ¿Con aspecto de nubecilla coloreado? −preguntó el buhonero.
- -Exacto. ¡Y qué modo tan bonito de describirla!
- Huelen bastante mal hasta que uno se acostumbra
 -añadió él.
- −Es un olor acre, pero agradable − protestó ella −. No diría yo que huelen mal.

El hombre se apresuró a cambiar de tono.

- También a mí me gusta.
- El año pasado conseguí flores de más de un palmo siguió diciendo ella con orgullo.

El forastero se inclinó más sobre la cerca.

—Oiga. Conozco a una señora, junto a la carretera, que tiene el jardín más bonito que se ha visto nunca. Tiene toda clase de flores menos crisantemos. La última vez que le arreglé un cacharro me dijo: "Si alguna vez encuentra algunos crisantemos que valgan la pena, me gustaría que me trajera algunas semillas." Eso fue lo que me dijo.

Los ojos de Elisa se iluminaron con súbito interés.

- —Sin duda sabía muy poco de crisantemos. Pueden sembrarse, desde luego, pero es mucho más cómodo plantar esquejes pequeños, como éstos.
- -iAh! -exclamó él -. Entonces supongo que no puedo llevarle ninguno.
- Claro que puede contestó Elisa —. Le pondré unos cuantos en arena húmeda y usted se los lleva. Echarán raíces en el tiesto si procura mantenerlos siempre húmedos. Luego ella puede trasplantarlos.
- -Estoy seguro de que la entusiasmarán, señora. ¿Dice usted que son bonitos?

—Preciosos –dijo ella—. ¡Oh, sí, magníficos! – Le brillaban los ojos. Se quitó el sucio sombrero y agitó sus cabellos rubios—. Los pondré en esta maceta vieja para que usted se los lleve. Entre en el patio, por favor.

Mientras el hombre atravesaba la verja, Elisa corrió excitada hasta la parte posterior de la casa. De allí volvió con un tiesto vacío, pintado de rojo. Se había olvidado de los guantes. Se arrodilló en el suelo junto al parterre y con las uñas escarbó en la tierra arenosa, llenando con ella la maceta vacía. Luego tomó un manojo de pequeños esquejes y los plantó en la arena húmeda, oprimiendo bien con los nudillos la tierra en torno a las raíces. El hombre estaba inclinado sobre su espalda.

- -Le diré lo que debe que hacer -dijo ella, sin volverse
- -. Deberá recordarlo para poder decírselo a la señora.
- −Sí; intentaré acordarme.
- Verá, echarán raíces dentro de un mes. Entonces atiene que sacarlos de aquí y plantarlos en tierra abonada, dejando un palmo de distancia entre uno y otro. –Tomó un puñado de tierra del parterre para que él viera bien . Así podrán crecer aprisa y mucho. Y recuerde lo siguiente: en julio deberá cortarlos, a una altura de palmo y medio del suelo aproximadamente.
- −¿Antes de que florezcan? preguntó él.
- —Sí; antes de que florezcan. –Su rostro estaba tenso y sus palabras indicaban gran entusiasmo por el tema —. Crecerán otra vez enseguida. Hacia finales de septiembre volverán a aparecer capullos.
- -El cuidado de los capullos es lo más difícil -añadió vacilante-. No sé cómo explicárselo. Lo miró a los

ojos, como intentando averiguar si era capaz de comprenderla. Su boca estaba entreabierta, y parecía escuchar una voz interior—. Intentaré aclarárselo—dijo por fin—. ¿Ha oído decir alguna vez que hay gente que tiene "manos de jardinero"?

- No podría asegurárselo señora.
- Verá: sólo puedo darle una idea. Se comprende mejor cuando hay que arrancar los capullos sobrantes. Los cinco sentidos se concentran en las yemas de los dedos. Son los dedos los que trabajan... solos. Es una sensación muy particular. Se mira una las manos y comprende que actúan por su cuenta. Arrancan capullo tras capullo y no se equivocan nunca, ¿comprende? Los dedos del jardinero se compenetran con la planta. Es algo que se siente, como una sensación física, como un cosquilleo especial que sube por el brazo hasta el codo. Los dedos saben lo que tienen que hacer. Cuando se siente eso, es imposible cometer un error. ¿Comprende lo que le digo? ¿Se da cuenta de lo que quiero decir?

Estaba arrodillada en el suelo, mirándolo. Su pecho subía y bajaba agitadamente.

El hombre encogió los ojos hasta reducirlos a dos rayitas minúsculas. Luego miró hacia otro sitio, meditabundo.

— Tal vez sí -murmuró — . Algunas veces por la noche, estando en mi carro...

La voz de Elisa se hizo más opaca. Lo interrumpió.

– Nunca he vivido como usted, pero sé lo que quiere decir. Cuando la noche es oscura... cuando las estrellas parecen diamantes... y todo está en silencio. Entonces parece que se flota sobre las nubes y que las estrellas se

claven en el cuerpo. Eso es. Algo agradable, maravilloso... que se quisiera hacer durar eternamente.

Todavía arrodillada, sus dedos se aproximaron al negro pantalón del forastero, sin llegar a rozarlo. Luego su mano descendió al suelo y ella se agachó más, como si quisiera esconderse en la tierra.

Lo explica de un modo muy bonito -murmuró él -.
 Sólo que cuando no se tiene nada para cenar no es tan bonito.

Ella se irguió entonces, con expresión avergonzada. Le ofreció el tiesto con las flores, depositándolo cuidadosamente en sus brazos.

— Tenga. Póngalo en el pescante de su carro, en un sitio donde pueda vigilarlo bien. Tal vez encuentra algún trabajo para usted.

Volviendo a la parte posterior de la casa, revolvió una pila de cacharros viejos, de los que escogió dos ollas de aluminio, muy estropeadas. A su regreso, se las entregó. —¿Podría arreglarlas?

La actitud de él cambió, volviendo a ser profesional.

−Sí, señora; se las dejaré como nuevas.

Fue hacia su carromato de donde sacó unas herramientas, poniéndose a trabajar bajo la mirada atenta de Elisa. La expresión de su boca era firme y tranquila. En los momentos más delicados de su trabajo se mordía el labio inferior.

- −¿Duerme usted en el carro? –le preguntó Elisa.
- En el carro, sí, señora. Llueva o haga sol, el carro es mi casa.
- -Debe ser muy agradable -dijo ella-. Muy agrada-

ble. Me gustaría que las mujeres pudiéramos hacer esas cosas

-No es una vida adecuada para una mujer.

Ella levantó ligeramente el labio superior, mostrando los dientes

- ¿Cómo lo sabe? ¿Por qué está tan seguro? − preguntó.
- −No lo sé, señora -protestó él−. Claro que no lo sé. Aquí tiene sus ollas, igual que cuando las compró. No tendrá que adquirir otras nuevas.
- −¿Qué le debo?
- –Oh, con cincuenta centavos será suficiente. Procuro mantener precios baratos y trabajar bien. Así es como tengo muchos clientes a todo lo largo del camino.

Elisa fue a buscar la moneda de cincuenta centavos, que depositó en su palma extendida.

-Le sorprendería saber que yo podrá ser una rival para usted. Yo podría demostrarle lo que una mujer es capaz de hacer.

Él guardó el martillo y las demás herramientas en una caja de madera, con gran parsimonia.

- —Sería una vida demasiado solitaria para una mujer, señora, y pasaría mucho miedo cuando se colasen animales de todas clases, por la noche, dentro del carro. —Se encaramó en el pescante, apoyándose en la grupa del burro para subir. Una vez sentado tomó las largas riendas en una mano—. Muchísimas gracias, señora—dijo—. Haré lo que me aconsejó: retrocederé en busca de la carretera de Salinas.
- −No se olvide -le recordó ella −. Si el viaje es largo procure conservar húmeda la arena.

—¿La arena, señora?... ¿La arena? Ah, sí, claro. Se refiere a los crisantemos. Desde luego, no se me olvidará. Chasqueó la lengua y los dos animales levantaron las cabezas, haciendo sonar las campanillas de sus collares. El perro fue a situarse entre las ruedas. El carro describió una curva y empezó a moverse en la misma dirección por donde había venido, a lo largo del río.

Elisa permaneció en pie junto a la cerca, viendo alejarse el vehículo. Estaba inmóvil, con la cabeza y los ojos entornados. Sus labios se movían en silencio, formando las palabras: "Adiós, adiós." Luego añadió más alto:

-¡Quién pudiera ir en la misma dirección... hacia la libertad!

El sonido de su propia voz la sobresaltó. Inquieta, miró en torno para asegurarse de que nadie la había oído. Los únicos testigos eran los perros. Levantaron sus cabezas, que yacían soñolientas en el polvo, la miraron un momento con indiferencia y volvieron a dormirse. Elisa se volvió del todo y se dirigió rápidamente hacia la casa.

En la cocina palpó las paredes del termosifón para asegurarse que tenía agua caliente disponible. Al ver que era así, se dirigió al cuarto de baño y se despojó de sus sucias ropas que arrojó a un rincón. Luego se frtó concienzudamente el cuerpo con un fragmento de piedra pómez, hasta que tuvo enrojecida la piel de sus brazos, muslos, vientre y pecho. Una vez seca se situó frente al espejo del dormitorio y estudió su cuerpo, levantado la cabeza y los brazos. Dando media vuelta, se miró la espalda por encima del hombro.

Al cabo de un rato empezó a vestirse, muy despacio. Se puso la ropa interior más nueva que tenía, sus mejores medias y el vestido de las grandes ocasiones. Se peinó cuidadosamente, se perfiló las cejas y se pintó los labios. Antes de terminar su tocado oyó el rumor de cascos y las voces de Henry y su ayudante, que metían las reses en el corral. Oyó luego el portazo de la verja y se preparó para recibir a Henry.

Sus pasos sonaban ya en la casa. Desde el vestíbulo gritó:

- -Elisa, ¿dónde estás?
- —En el dormitorio, vistiéndome. Aún no estoy lista. Tienes agua caliente si quieres bañarte. Data prisa que se hace tarde.

Cuando le oyó chapotear en la bañera, Elisa extendió el traje oscuro de su marido sobre la cama, colocando a su lado una camisa limpia y unos calcetines. En el suelo dejó el par de zapatos que había limpiado. Luego salió al porche y se sentó a esperar. Miró hacia el río bordeado de álamos amarillentos, semiocultos en la niebla baja, que gracias al color de las hojas parecía estar bañada de sol o llena de fuego interior. Era la única nota de color en la tarde decembrina y grisácea. Elisa siguió inmóvil mucho tiempo, casi sin parpadear.

Henry salió, dando un portazo, y se acercó metiendo bajo el chaleco el extremo de su corbata. Elisa se irguió aún más y su expresión se endureció. Henry se detuvo bruscamente, mirándola.

- -¡Caramba, Elisa!¡Estás muy elegante!
- -¿Elegante? ¿Crees que estoy elegante? ¿Y por qué lo dices?

Henry vaciló, algo sorprendido.

- No lo sé. Quiero decir que estás distinta, más guapa, más fuerte... más feliz.
- −¿Fuerte? Sí, claro que soy fuerte. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Él estaba perplejo.

−¿Qué juego te traes entre manos? Porque es un juego, ¿verdad? Pues insisto en que estás fuerte y guapa.

Momentáneamente Elisa perdió su rigidez.

 - ¡Henry, no te burles! Es muy cierto que soy fuerte -se jactó - . Nunca hasta hoy había comprendido lo fuerte que soy.

Henry miró hacia el cobertizo del tractor, diciendo:

 Voy a sacar el coche. Puedes ir poniéndote el abrigo mientras se calienta el motor.

Elisa entró en la casa. Le oyó poner en marcha el coche y conducirlo hasta la verja. Con mucha cala, se colocó el sombrero, dándole tironcitos por un lado y por el otro hasta que estuvo a su gusto. Cuando oyó que Henry cansado, paraba el motor, se puso rápidamente el abrigo y salió.

El pequeño automóvil descapotable inició su macha por la carretera polvorienta, siguiendo el curso del río, obligando a los pájaros a levantar el vuelo y a los conejos a huir a refugiarse en sus madrigueras.

Dos cigüeñas pasaron volando lentamente sobre las copas de los árboles y fueron a zambullirse en el río.

En mitad del camino, a lo lejos, Elisa divisó un punto oscuro. Sabía lo que era.

Procuró no mirar al pasar, pero sus ojos no la obedecie-

ron. Pensó, llena de tristeza: "Podía haberlos arrojado fuera del camino. No le habría costado mucho. Pero ha querido conservar el tiesto –se explicó a sí misma –, porque le será útil. Por eso no los tiró fuera del camino."

El coche dobló un recodo de la carretera y Elisa descubrió el carromato a lo lejos. Se volvió hacia su marido para no tener que mirar el lento vehículo tirado por dos casinos animales.

Pronto lo alcanzaron, dejándolo atrás al instante. Ella no quiso volverse.

Entonces dijo en voz alta, para ser oída sobre el estrépito del motor:

- -Será agradable cenar fuera esta noche.
- Ya has vuelto a cambiar –exclamó Henry, separando una mano del volante para darle un cariñoso golpecito en la rodilla—. Tendría que llevarte a cenar fuera de casa con más frecuencia. Será mucho mejor para los dos. La vida en el rancho se hace pesada.
- -Henry -preguntó ella, casi con timidez -. ¿Podríamos beber vino con la cena?
- -¡Claro que sí!¡Vaya, es una idea estupenda! Ella guardó silencio unos minutos. Luego dijo:
- -Henry, en la lucha, ¿se hacen mucho daño?
- − A veces sí, pero no siempre. ¿Por qué lo preguntas?
- −Es que he leído que se rompen las narices y les corre sangre por el pecho. He oído decir que es un deporte salvaje.

Él se volvió a mirarla.

−¿Qué te pesa, Elisa? No sabía que leyeses esas cosas.

Detuvo el coche para maniobrar mejor al entrar a la carretera de Salinas, pasando el puente.

- −¿Van algunas mujeres a la lucha? –siguió preguntando Elisa.
- —Sí, desde luego. Dime de una vez qué te pasa Elisa. ¿Es que quieres ir? Nunca hubiese creído que te gustaría, pero si de veras te hace ilusión...

Ella se echó para atrás en el asiento.

−Oh, no. No, no quiero ir. Seguro que no. −Apartó el rostro de él−. Ya es bastante si tomamos vino con la cena. No hace falta más.

Se subió el cuello del abrigo para que él no se diera cuenta que estaba llorando... como una mujer débil y vieja.



www.goldenbookhotels.it



© 2017 NIKE EDIZIONI

All rights reserved.

No part of this eBook may be reproduced.